

38: Noveno y Décimo mandamientos

Julio es un chico de temperamento tranquilo, tirando a apático. Es, y ha sido siempre, retraído y poco comunicativo. Se esfuerza poco en el estudio, y es bastante perezoso. Su comportamiento pone muy nerviosa a su madre —ya muy nerviosa de por sí—, que no aguanta verle sin hacer nada, encerrado en su habitación, tumbado sobre la alfombra o medio tumbado en un sofá, viendo la televisión todo el día si no se lo impiden; con frecuencia empieza diciendo que "no sé a quién has salido tú, porque ni tu padre ni yo somos así", para seguir con cosas como "ya no sé qué hay que hacer para que espabiles"; "contigo no sé qué vamos a hacer en la vida"; "eres un desastre sin remedio"; "¡mírale!, otra vez haciendo lo de siempre: nada"; o "yo ya te dejo por imposible, mira que lo he intentado todo para que levantes cabeza". Y los comentarios casi siempre suelen acabar con una referencia comparativa a su hermano mayor: "¿No podrías aprender algo de Alfonso?, a ver si el ejemplo es contagioso"; "qué habré hecho mal para que salierais tan distintos, con lo bien que lo hace todo Alfonso"; "Alfonso lo deja todo ordenado..."; "mira tu hermano, cómo estudia..."

El primer tipo de comentarios había hecho concluir a Julio que, efectivamente, en la vida real no tenía mucho que hacer. Incluso, cuando su madre decía que "lo había intentado" todo, recordaba que incluso le había llevado a un psicólogo. Pensaba que si él era "un caso", pues "a alguno tenía que salir". Todo ello, sumado a que no se sentía muy querido ni muy aceptado, respaldaba el que se refugiase en su mundo interior: los mundos fantásticos eran más gratos que el real. Pero, además, iba acumulando cierto resentimiento hacia su hermano: las continuas comparaciones, el que él siempre acaparase los elogios —y los premios—, el que no le hiciera mucho caso —y menos desde que salía con una chica bastante guapa—, y el que efectivamente era bastante mejor dotado en todos los aspectos, era en conjunto algo que podía con Julio. Por eso, uno de sus entretenimientos favoritos era imaginarse a su hermano humillado: su hermano llorando porque le abandonó la chica, mientras él tenía a la "chica perfecta" rendida a sus pies, o incluso a la que salía con su hermano, prefiriéndole a él; su hermano hundido soportando "la gran bronca" por haber destrozado el coche de su padre a causa de la torpeza más tonta; su hermano abandonado por una hipotética esposa mientras él triunfaba como futbolista.

Pero no era eso precisamente lo que sucedía, sino más bien que a Alfonso le seguían saliendo bien las cosas, lo que Julio tomaba como una contrariedad. La única excepción fue que una vez atracaron a su hermano, y Julio no desaprovechó la oportunidad: lo pasaba muy bien imaginando la cara de susto de muerte que debía tener Alfonso, y recordando la de rabia que pudo ver después.

En el mundo fantástico de Julio abundaban las "novelas rosas", que a menudo eran prolongaciones imaginarias de la última película vista, en las que él sustituía al protagonista de turno. Lo malo es que, también con bastante frecuencia, lo "rosa" acabara en "verde". Julio no quería en principio caer en eso, pero había momentos en los que la cabeza y la voluntad estaban aletargadas, y lo instintivo, libre de frenos, se adueñaba de la situación. Solía suceder sobre todo los fines de semana, en los que tenía más tiempo a su disposición. Y sucedía cuando no se levantaba por la mañana —se hacía él dormido si su madre se acercaba—, y entraba así en un estado en el que vigilia y sueño se mezclaban en una proporción variable y difícil de determinar. Lo mismo ocurría después de comer: comía demasiado, se tumbaba después en cualquier sitio, y pronto quedaba más o menos adormilado. Cuando —tarde o

temprano— se despejaba, si lo que tenía en la cabeza eran escenas obscenas, entre la poca voluntad que encontraba en sí mismo para acabar con ello y la consideración de que ya estaba enfangado con pensamientos impuros, concluía que "ya de perdidos...", y lo dejaba continuar. En ocasiones, aparecía en esas escenas la novia —o lo que fuera, si todavía no era la cosa tan formal— de su hermano, que, a decir verdad, le gustaba bastante a él. Pensaba Julio que eso era peor, porque ya no eran pensamientos sino deseos, pero el "revanchismo" hacia su hermano podía y no cambiaba de escenario.

El tiempo no parecía arreglar nada de esta situación; si acaso, iba a peor. Una de las ventajas que apreciaba su familia respecto de Julio era que raramente se enfadaba: tan sólo cuando se estropeaba la televisión o alguno de los juegos electrónicos a los que tanto tiempo dedicaba. Pero empezaba a enfadarse con más frecuencia. Nadie entendía los motivos, y nadie parecía darse cuenta de que coincidían con las ocasiones en que su hermano se compraba —o le regalaban— algo. Cuando se trató de un pequeño automóvil, el enfado pasó a ser más periódico; sin que lo atenuara el que fuera el modelo más barato y de segunda mano, ni que el 80% del precio lo hubiera costado su hermano gracias a algunos trabajos que hizo, no podía ver cómo se iba en coche mientras que él tenía que ir en autobús a todos los sitios.

Julio se iba dando más cuenta de que así no podía seguir, de que "se estaba amargando la vida" y que el enfado que crecía en él tenía bastante de frustración: o sea, que se enfadaba con él mismo, aunque lo proyectase con los demás. Pero no se veía con fuerzas para superar esa situación, y, repasando quién podría ayudarle, iba descartando a todo el mundo, por razones varias según los casos. Al final, un atisbo de solución vino de donde menos lo esperaba: de su padre. Julio no tenía nada contra él, pero pensaba que "pasaba de él". Le llamó, y lo que siguió resultó sorprendente. Le dijo que era cierto que su madre se ponía nerviosa con facilidad, pero que lo que no había visto eran las veces que había llorado pensando qué podía hacer para sacarle de esa pasividad. Y tampoco había oído a su hermano decir a sus padres que le preocupaba cómo estaba y preguntar si podía ayudar, ni se había dado cuenta de que había pasado por alto toda una serie de fastidios causados por su culpa: desde probarse todo lo que su hermano se compraba —como no sabía doblarlo bien, se notaba—, hasta quitarle alguna foto de su novia, y otros incordios. Añadió que creía de verdad que Julio no tenía nada de anormal y sí mucho de dejadez, y que no veía por qué no se podía confiar en él, aunque tenía que ser a cambio de que se resolviese a no conformarse y a esforzarse en adelante. Julio le contó todo lo que le pasaba pero, para su sorpresa, su padre se ratificó en lo que le había dicho, y le ofreció su apoyo, aunque no iba a ser cómodo: todos los días iba a comprobar si luchaba contra la vagancia. Julio contestó que sí, que "de verdad que sí", aunque no acababa de confiar en que fuera capaz de ello.

Preguntas que se formulan:

— ¿Puedes ver aquí alguna manifestación de cada pecado capital? ¿Influyen unos en otros? ¿Cómo? ¿Hay alguno que de una u otra manera se da en todos los casos?

— ¿Qué comportamientos encuentras contra los dos últimos mandamientos? ¿Son pecados graves? ¿En todos los casos? ¿Es correcto el razonamiento de Julio cuando se despejaba? ¿Por qué?

— ¿Hay alguna manifestación de los tres tipos de pecados internos? ¿Cuáles? ¿Son verdaderamente deseos lo que Julio considera tales? ¿Por qué?

— ¿Qué importancia tiene la mortificación interior para facilitar estas virtudes? ¿Y la exterior? ¿Qué importancia tiene el temperamento de Julio en lo que le sucede? ¿Es algo determinante?

— ¿Cómo juzgarías a cada uno de los personajes que aparecen? ¿Hay omisiones culpables? ¿Hay manifestaciones de mundanidad?

— ¿Cómo se podría ayudar a Julio para superar esa situación? ¿Hay razones para ser optimistas a este respecto?

Vid. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1859, 1866, 2514-2527, 2534-2550.

Comentario:

Como ya se dijo anteriormente, en el noveno mandamiento se contemplan los pecados internos —sin acción exterior— referentes a los mandamientos 6º y 7º. En este caso se aprecian con nitidez los dos ejemplos más característicos de incumplimiento: los llamados "pensamientos y deseos impuros" y la envidia, respectivamente.

Las conductas humanas suelen tener explicaciones, aunque eso no quiere decir que, si son malas, sirvan de eximentes, ni siquiera muchas veces de atenuantes. Aquí uno se explica muy bien la conducta de Julio. Su temperamento apático es una primera explicación. Tampoco es muy animante tener a un "don perfecto" de hermano, siendo bastante más limitado. Y, para acabar de echar a perder la situación, está su madre. Sus nervios le traicionan, y comete demasiados errores que no debe cometer una madre: descalificaciones globales, comparaciones con el hermano —siempre desfavorables para Julio, por supuesto— y declarar repetidamente que le daba por imposible. Al final resulta que todos le querían, pero tendrían todos que haberse tomado la molestia de demostrárselo alguna vez por lo menos. De todas formas, el conjunto no justifica la pasividad de Julio, que le lleva a desaprovechar la vida, y a albergar en su interior pensamientos que le hacen daño y conducen a pecados serios. Su propia conciencia se lo advierte, más claramente cuanto más claramente aparece el perjuicio. Aquí no vamos a detenernos en los posibles pecados de omisión de Julio —a los que muy probablemente le lleva la pereza—, sino en los internos cometidos.

Pero, si bien las circunstancias en las que se desenvuelve Julio no le benefician mucho, tampoco su falta de formación es precisamente una ayuda. Esto se aprecia con bastante claridad si examinamos lo relativo al noveno mandamiento. Es cierto que, como se explicaba al tratar del sexto mandamiento, no hay materia leve en lo que atenta directamente contra la castidad. Pero "materia grave" no es lo mismo que "pecado grave". Para que se dé este último hay otros factores además de la materia: la advertencia y el consentimiento. Si éstos simplemente no existen, como en el caso del sueño profundo, simplemente no hay pecado. Si existen en un estado imperfecto, lo hay, pero no es aún grave. Es difícil calibrar el grado de advertencia y consentimiento en estados de semisueño-semivigilia, pero lo cierto es que en esos estados el pecado que se puede producir es en todo caso venial. Por eso se equivoca Julio cuando piensa que, en ese estado, "ya estaba enfangado". No lo estaba todavía, a pesar de las apariencias. Lo empieza a estar cuando, ya despierto, "lo dejaba continuar". Una mayor formación de la conciencia por su parte le hubiera ayudado a no caer en ese tipo de tentaciones. Aparte de que, aunque haya existido un pecado grave, la mentalidad de rendirse a la primera caída, el "ya de perdidos...", nunca es bueno: en vez de reaccionar, da paso a nuevos pecados; y de hecho puede suponer que, una vez dado paso a la caída, se dé también luz verde al vicio.

Tampoco es cierta la apreciación de Julio con respecto a los deseos. No entiende bien la cuestión. "Deseo" añade al "pensamiento" la voluntad de ponerlo en práctica; no es un "me gustaría hacerlo", sino más bien un "quiero hacerlo". Esa voluntad de poner en práctica lo pensado es lo que añade malicia y con ello gravedad cuando lo pensado es un pecado. Pero no parece ser éste el caso. "Individualizar" un pensamiento no es algo que lo convierta automáticamente en deseo. También aquí la formación de la conciencia ayuda a poner cada cosa en su sitio.

Si pasamos del 9º al 10º mandamiento, se nos complica más la apreciación de las cosas. ¿Por qué? Porque, en principio, desear tener cosas que no se tienen no es en sí algo malo; el problema moral es cuando se desean desordenadamente, y peor aún cuando se desean injustamente (o sea, se desea lo que sería injusto tener: no por casualidad se define el mandamiento como "no codiciarás los bienes ajenos"). ¿Y cómo se puede medir la codicia? Quizás la manera más clara es viendo si hay envidia. Codicia y envidia no son lo mismo, y puede haber personas con mucha codicia y poca envidia. Pero ésta suele ir pareja a aquélla, y la envidia es más fácil de detectar, y su maldad aparece con más claridad en la conciencia. Y, a decir verdad, es bastante evidente que en Julio la envidia había llegado a unos niveles muy considerables. Merece también atender a la relación que hay entre estas conductas y la dependencia que Julio tiene de los aparatos de todo tipo: televisión, videojuegos, etc. No es difícil concluir que el excesivo amor a las cosas propicia el progresivo distanciamiento de las personas: o sea, al revés de lo que debería ser. Y, en ese clima mundano, resulta bastante fácil caer en verdaderos pecados como son la codicia y la envidia.

Solucionar los problemas humanos suele tener como condición previa reconocer el problema en sus justos límites. Aceptar las situaciones y, todavía más importante, aceptarse a uno mismo es la condición previa para mejorar la situación y mejorarse a uno mismo. Julio se da cuenta, aunque... ¡ya podría haberse dado cuenta antes! Lo mismo puede decirse de su padre. A lo que él dice habría que añadir los medios sobrenaturales —Julio tendría que proponerse vivir en gracia habitualmente, cueste lo que cueste, se tenga que confesar las veces que haga falta—, pero por lo demás lo que dice es plenamente acertado, y la ayuda que ofrece es la adecuada. En esos términos, y aclarando a Julio que ese remontar que necesita no va a ser cosa de un día precisamente, se puede y se debe salir adelante. Julio debería confiar en ello y dejarse ayudar por su padre.